

Aproximación a la poesía de Graciela Maturo

OSCAR GRANDOV*

No podemos abarcar en el breve espacio de estas páginas la multifacética labor ni la honda experiencia creadora de Graciela Maturo. Intentaremos reseñar su itinerario poético, ligado a un itinerario vital y filosófico¹.

Un amplio conocimiento de la Argentina en sus diversos ámbitos geográficos y culturales, como también un valioso intercambio con Europa y América, confirmaron su vocación creadora y proyectaron considerable-

* OSCAR GRANDOV: Ensayista. Profesor Universidad Católica de Buenos Aires.

¹ Noticia biográfica: Graciela Maturo nació en la ciudad de Santa Fe el 15 de agosto de 1928. Realizó sus estudios primarios en Buenos Aires, y parte del secundario en Santa Fe. Luego cursó estudios de Letras en el Instituto del Profesorado de Paraná, ciudad donde conoció al poeta Alfonso Sola González. En 1947 se trasladó con éste a Mendoza, donde fundó su hogar y nacieron sus seis hijos. Cursó allí, en la Universidad Nacional de Cuyo, la carrera de Letras, y obtuvo los títulos de Profesora y Licenciada en Letras Modernas. En su formación tuvo especial gravitación el magisterio de humanistas como Irineo Fernando Cruz, Alfonso Sola González, Vicente Cicchitti, Alfredo Dornheim, Juan Adolfo Vázquez y Manuel Gonzalo Casas. En 1968 se trasladó a Buenos Aires donde se inicia una nueva etapa de su vida, signada por su unión con el escritor Eduardo Azcuy, y el desarrollo de una intensa actividad como profesora, directora de empresas culturales y ediciones. Fundó el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Argentina, que promovió una renovación de los estudios literarios y culturales a partir de 1970 y hasta el presente, tomando como base una fenomenología de la cultura, y una hermenéutica fundada en la identidad latinoamericana. Dirigió las revistas *Azor* y *Megafón*. Su obra poética abarca los siguientes títulos: *Un viento hecho de pájaros*, Editorial Laurel, Córdoba, 1958; *El rostro*, Cuadernos Herrera y Reissig, Montevideo, 1960; *El mar que en mí resuena*, Ismael Colombo, Buenos Aires, 1965; *Habita entre nosotros*, Azor, Mendoza, 1968; *Canto de Eurídice*, Ultimo Reino, Buenos Aires, 1981; *El mar se llama ahora con tu nombre*, Ultimo Reino, Buenos Aires, 1993; *Memoria del trasmundo*, Ultimo Reino, Buenos Aires, 1995.

Su labor como ensayista, teórica y crítica es amplia y vastamente reconocida.

mente sus realizaciones. Pero junto al exigente esquema de sus compromisos culturales, tuvo lugar en la vida de Graciela una labor poética que por sí sola bastaría para colmar una existencia.

Un viento hecho de pájaros (1958) es su primer libro de poemas, premiado por el Grupo Laurel en la provincia de Córdoba. En él encontramos a la autora encarnando con intensidad lírica su condición de criatura del cosmos. A veces se nos muestra prisionera de esa condición, pero sin abandonar un anhelo de lucha, una búsqueda de luz.

El misterio avanza desde todas partes, a veces dolorosamente, pero el ansia de autenticidad es muy fuerte y hace que este misterio de la existencia sea aceptado y recibido sin concesiones ni paliativos.

El título nos da la imagen del “viento” que la arrastra hacia ese cosmos en el que voluntariamente se afinsa y en cuyo misterio se consustancia, y de los “pájaros” que sugieren la vocación del canto.

El rostro (1961) es obra que obtuvo el Premio Municipal de Mendoza antes de ser publicada en la colección Cuadernos Herrera y Reissig que dirigía en Montevideo Juvenal Ortiz Saralegui. El entramado fraterno con los elementos de la creación que percibimos antes se mantiene en este libro; pero advertimos el relieve de ciertos hilos que destacan una toma de distancia, un margen de soledad.

Un desasosiego al que podríamos dar la calificación de metafísico, un sentir el acontecer cotidiano como enmarcado o traspasado de infinito y –emparentado con esta vivencia– el sentimiento de distancia sideral de ser a ser recorren estas páginas y nos llegan sin estridencias en ese “lenguaje límpido y depurado” que destaca Carlos Mastronardi en el prólogo.

Todo parece converger hacia “el rostro” de una realidad cuya trascendencia encontramos ahora nítidamente dibujada.

El anhelo de perdurabilidad, el amor como camino hacia esa realidad, confieren un tono nostálgico a la voz de Graciela, sin que se amengüe la actitud de ofrenda y alabanza que ya captábamos en *Un viento hecho de pájaros*.

El mar que en mí resuena (1965) avanza sobre la temática de los anteriores. Se desarrolla el proceso de “toma de distancia” apuntado a propósito de *El rostro*. Sobreviene con notable vigor la presencia del amor –humano y universal– uniéndose armoniosamente a los demás motivos. La gradual madurez que van trayendo los años se configura en elementos enriquecedores de esta especie de bosquejo sinfónico que vamos descubriendo en la producción de la autora.

Entre tales elementos se afirma el sentirse llamada al oficio del canto, y advertimos un inquietante hábito de angustia existencial frente al mundo junto a la conciencia de una secreta y reveladora relación con signos.

El bosque de alondras (1967) son poemas signados por el descubrimiento de la conjunción amorosa. Amor, dichoso asombro, poesía, son experiencias que provocan el encuentro de los *dos mundos*. La nota metafísica, como una savia integradora, ensambla estos poemas con el resto de la obra.

Tampoco está ausente la vocación del canto. Y es de veras un encendido himno al amor, un “bosque de alondras”, todo este breve poemario.

En el siguiente, *Habita entre nosotros* (1968), que obtuvo el Premio Bial de Literatura de Mendoza, la “toma de distancia” vuelve a afirmarse. Notamos nuevamente una insinuación de los *dos mundos* que manifiesta vivir la autora.

La presencia de los niños, expresada a veces con un acento maternal que no es el corriente, ensancha la visión de la vida que nos ofrece Graciela. Por momentos se nos muestra una imagen querible de *este mundo* con el anhelo de su rescate hacia el *otro*, tema que ha sido objeto de tratamiento teórico en sus ensayos, y define a la autora como humanista. Parejamente vamos percibiendo en nuestro tránsito una riqueza que proviene del sentimiento de presencia de lo sagrado. Elementos ya señalados en los libros anteriores vuelven a consolidar la unidad total de la obra poética de Graciela Maturo, unidad que se fundamenta en pensamiento y estructura expresiva.

Canto de Eurídice (1981) pertenece por su gestación a esos años, aunque fue publicado mucho después. Tuvo mención de honor en el Concurso en Homenaje a Rubén Darío convocado por la Organización de Estados Americanos en 1967.

La partición existencial en dos mundos señalada para el libro anterior se plantea ahora desgarradoramente desde los primeros versos. La aguda experiencia del dolor, la experiencia límite de la soledad existencial, son el desencadenante de este monólogo exclamado y cantado por Eurídice. En su original recreación del mito de Orfeo, la autora ha configurado su Eurídice como protagonista de un *destierro en la tierra*, que llama y espera al músico para su redención. Los basamentos espirituales de Graciela, sus raíces cristianas, imprimen un sentido progresivamente iluminado por la esperanza al doliente fluir de su canto. La radical afirmatividad que –marechaliamamente– alimenta como un río subterráneo aun los paisajes más desérticos de esta geografía lírica, resuena también en medio del dramático parlamento con una vibración de alabanza y entrega.

El mar se llama ahora con tu nombre (1993) es una obra que reúne poemas de varias etapas anteriores. Publicado después de la muerte de su segundo esposo, Eduardo Azcuay, consta de tres partes: “El fuego es una música” reúne poemas recientes con otros anteriores, y anuncia la unidad vivencial de la poetisa ante fuerzas que la destruyen y recrean, lo cual se expresa en el simbolismo del fuego. El dolor llega a trasfigurarse en alegría que proviene de la certidumbre de *ser*; que otorga plenitud a los despojos del existir.

En la segunda parte, “Alguien cuida mi sangre”, la *desterrada* nos adelanta señales de una alta asistencia que la purifica e ilumina a la vez que le abre un acceso a la belleza y a la verdad. El amor triunfa sobre las limitaciones de la humana fragilidad, y revela la plenitud del todo, la presencia de Dios.

El título de la tercera parte es “El mar se llama ahora con tu nombre”. Se trata de un poemario compuesto en 1967 - 1968, que expresa la presencia y ausencia del amado. El símbolo del mar vuelve con una pujanza litúrgica marcando la viva y compleja organicidad de toda la producción poética de Graciela.

La intensidad de los versos induce a compartir una voluntad de recuperación del tiempo vivido, que es elevado a la categoría de mito. Es como si asistiéramos al momento mismo de un parto espiritual: la transmutación del dolor en alegría, del aniquilamiento en renacer, de la sombra en luz.

En 1992 escribió Graciela *Memoria del trasmundo*, publicada a comienzos de 1995 por la editorial Ultimo Reino. Estos poemas pueden ubicarse, con *Canto de Eurídice* y *El Mar se llama ahora con tu nombre*, en la culminación o cierre del ciclo amoroso que se abre con *El bosque de alondras*. En todos ellos cabe registrar connotaciones y signos integradores. El tríptico amor - dichoso asombro - poesía, de *El bosque de alondras*, se ha transformado en amor - dolor - poesía.

El enfrentamiento con “la muerte del tú” produce en la autora una vecindad con la muerte que se traduce en esporádicos contactos con el más allá. Registra también ciertas experiencias transcorpóreas que son expresadas con sutiles rasgos de belleza, y conducen el estado de agonía hacia la plegaria.

Sabemos que Graciela Maturo ha dejado inéditas muchas páginas escritas en años recientes. Entre ellas se encuentra el poema “Orfeo canta”, que ahora publicamos. Nos arriesgamos a interpretar el título y el tono general del canto, compuesto por nueve unidades, como una exaltación triunfal de la poesía, motivo reiteradamente hallado en su producción.

Graciela vuelve al mito de Orfeo y lo encarna con radiante luminosidad en una dilatada vivencia personal, que abarca los años de su adolescencia en Paraná y Santa Fe, su relación con el poeta Alfonso Sola González, y los años de su juventud en Mendoza. Los diversos paisajes evocados se enraízan en lo vivido, y son evocados desde una altura que confiere la serenidad de la madurez. Resurrección, alegría y luz estallan en ritmos que se imponen como coronación del arduo itinerario existencial, que en estas páginas hemos tratado de bosquejar. Esta partitura ha sido tratada en versos transparentes y despojados, que dejan arder sin obstáculos la belleza.

En el mencionado prólogo a *El rostro* decía Carlos Mastronardi: “Los medios expresivos de Graciela de Sola nunca se apartan de la llaneza, ni se desligan del directo vocabulario coloquial”. Y también: “La concisión, la justeza y la economía de medios (...) imprimen a sus versos un tono personal, diferenciado”. Cualidades estas que, agregamos, están al servicio de una clara y permanente musicalidad.

Es precisamente una fina intuición de lo musical la que guía a Graciela en la elección de ritmos y melodías que dan una justa ubicación a sus palabras, en el sabio mensaje de la sintaxis en la eficaz combinación de los variados tipos de verso. Prescinde casi totalmente de la rima, e incluso en algunos casos de los signos de puntuación: son momentos en que todo parece moverse en una indiscernible materia cósmica de la que Graciela es parte, o en que ella quiere afirmar su propia y esencial unidad, superadora del desgarramiento entre los dos mundos.

Podemos registrar acentos de neto dramatismo. Se trata en realidad de la fusión de elementos líricos y dramáticos, notable en muchos pasajes de la obra total. No hablamos de un dramatismo siempre resuelto en diálogo explícito, sino de la dimensión teatral, muy perceptible en ciertos monólogos, y del tono apelativo que caracteriza a los poemas amorosos. Uno de los motivos recurrentes en esta obra: la distancia cósmica de ser a ser, aun en el amor, halla apropiado cauce en este *mester de escena* que se ejercita en numerosos poemas.

Pero donde estas aseveraciones cobran especial vigor es en el ámbito de destierro en que hallamos tantas veces situada a la poetisa, en su conflicto sustancial entre dos mundos.

Sin que ello implique desdeñar la sencillez conversacional reconocida en sus versos, puede apreciarse en la poesía de Graciela Maturo la impregnación de un aura mágica. Esa atmósfera fluye de la densidad metafórica inherente

a cada poema. Señalamos también el valor plástico y sugeridor que alcanzan las construcciones nominales, o los sustantivos mismos, sin modificadores; tal es el caso de las enumeraciones de objetos, que producen la imagen de lienzos de ostentoso colorido, de misteriosas naturalezas muertas.

De alcance metafórico es también la presentación de ciertos hechos, situaciones o aspectos de la realidad a través de sorpresivas y felices designaciones. Y lo es además el uso frecuente de palabras-símbolo, generalmente remontadas a imprevisibles niveles semánticos, que conjugan sentidos tradicionales con otros vivencialmente nuevos: espada, rosa, piedra, madera, fuego, mar, oro, tarde...

Al cierre de este breve itinerario por la producción lírica de Graciela Maturo uno no puede dejar de preguntarse: ¿Qué no es símbolo poético en esta singular gramática de la belleza?

ORFEO CANTA

I

Bello don que muy pocos escuchan
en el bullicio de la feria,
la música desciende de los cielos.

Un niño vagabundea junto al río
abrazado a un pequeño violín,
lejos, en Paraná.
Los jacarandaes azules se deshacen
y gimen suavemente los sauces
tocados por la dulce tristeza de existir.

Miro al niño sentado en la barranca alta.
Grisas brillan sus ojos bajo la gorra gris
mientras sonrío apenas
persiguiendo los pasos de una paloma esquiva.
Lentamente se yergue en su ropa de domingo
y empieza a despedirse de las islas doradas
del río rumoroso
del rito de la tarde.

Vuelve por la avenida sombreada y es feliz
porque sus ojos han recibido la luz
y su frente ha sido castigada, otra vez,
por la Belleza.

El viento mueve los rubios cabellos
del elegido
y entre las hojas húmedas
se abre paso el chistido fugaz de los pájaros.

Sobre el Paraná majestuoso
ruedan los barcos de naranjas.

II

—De la fuente bebí,
del agua dulce y escondida
entre piedras de musgo.
Bebí y mi propia sed se acrecentaba
en la felicidad de las hojas recién nacidas.

(Sobre verdes colinas azuladas
cantan los linos su pasión inútil.
La bóveda del cielo se sostiene en los campos.
Bajo el parral aguardan los amigos
para partir el pan, el poema y el vino.
Todo canta en silencio. El padre es joven
y trae su sombrero de paja y de inocencia.
La madre es bella y peina su pelo de oro viejo.)

—Sólo yo hallé la fuente. Sólo a ella
podré ser fiel.
Allá bebí una sed que no sacian las uvas
con su carne de ámbar.
Allá escuché la música victoriosa y terrible.

Oh desdichado amor, amor dichoso.

III

Ella danzaba leve sobre el mundo.
Era la estrella, Esther,
y Beatriz, la dichosa.
Sobre la fina cintura giraba persiguiendo
la huella de la luz en el ala de un pájaro.

Danzaba en las colinas
entre los girasoles
amarillos y altos.
Danzaba en la lentísima barca
que cruzaba las islas como una sombra blanca.

Danzaba y era su cuello frágil y erguido
como el tallo de un ánfora.
Su voz colmaba el aire de palomas azules,
sus ojos derramaban azucenas de nácar.
Danzaba por los parques,
por las sombras del día
donde aparece el ángel de la muerte.
Danzaba entre las tumbas
sobre el agua
cubierta de magnolias y pétalos celestes.

IV

Así como Leandro enamorado
cruzaba las peligrosas aguas verdinegras
del remoto Helesponto
para alcanzar la ardiente orilla de Hero,
riente, así venías, rodeado de felicidad,
en esos días luminosos y graves.

Llegabas, sí, lejano, portador de la música,
a Santa Fe la antigua, del balcón entornado,
amante de sus calles de viejos paraísos,
sus conventos, sus aguas,
sus barcos enmohecidos.

Eras Leandro, hermoso como un delfín de oro,
con tus trajes nostálgicos
y tu sombrero de otro tiempo.
Leandro que llegaba a mi jardín,
a mi aldaba, a mi pecho, a mi ventana.

Venías con jazmines y poemas,
con anillos de sueño y melodía,
con libros que nos hablaban del amor.
Venías con tu violín del alba
con ramas y pedazos de camalote verde.

El viento movía los paraísos en la noche naciente.
Soplaba sobre la fragilidad de nuestras vidas,
deshacía despacio la corona de hierbas
que Leandro tejía para su ninfa Hero.

V

El amor fue un sol violento y descendido
a la tierra
 que maduraba espigas y aromas a su paso.
Venía como un toro de espumas por el agua
desatando el reír de las acequias
en días de vendimia.

Absortos nos miraban los niños
desde nosotros mismos
desde otros,
en patios de racimos y claveles.
Oh jazmín placentero del verano,
naranja dulcísima de invierno.

Todavía nos piensa un olivo gris
y una vieja estación con malvones aguarda.
Corolas de fuego cubrían nuestra orfandad
en calles polvorientas y dichosas.

Cantabas en las altas madrugadas.

VI

Canto en el viento y es un viento oscuro
el que en mi pecho canta.
Triza el aire el graznido de un pájaro que agoniza
entre palmas caídas y abandonadas.

Dónde estás, Anabel de las colinas,
junco, jaramabo, uva dorada,
dónde estás.
El perro que amabas gime en el jardín
y en la casa danzante como un barco
sólo veo una triste marioneta
bailando un tango cruel.

Quién sostendrá la rosa, el débil fuego
de ramas húmedas y crujientes.
Quién cuidará la frágil porcelana
esparcida entre piedras grises.
Ya no pondrás tu mano sobre mi cansada
frente para decirme: Es la alta noche,
duerme.

El viejo piano ríe con su risa macabra
y se ha roto el espejo que guardaba tu rostro.
Sobre mi puerta crece una amapola gigantesca.

VII

Cielo lívido de vidrio,
valle seco
donde se mueve lento el escorpión.
Ramas retorcidas y grises de Guaymallén
sin hojas y sin pájaros.

Sólo espectros transitan por estas soledades
donde antes habitaron las risas y los juegos.
Todo es soledad en la tarde de junio
en el páramo resquebrajado
donde nadie contesta.

He vuelto desde la sombra
para decirte, amor, que he comprendido.
Busco el resto de savia demorada
en las viejas cortezas de la vid,
espero ese milagro del renuevo naciente
en la negra ceniza de mis huesos.

Sobre las ruinas de nuestra casa
se mueve la mariposa viva de mi alma.
Todo es serenidad, silencio, muerte.
Hallé mi antiguo violín
roto entre escombros.

VIII

Amor, he vuelto con la primavera,
para hablarte en el aire luciente de la mañana.
He querido volver a la casa del fuego,
a la estación de los trenes fantasmas,
al cerro de retamas y violetas.

Desde estos ojos nuevos de mar abierto
he vuelto para verte.
He vuelto para cantar otra vez en el anochecer
y en las celestes madrugadas
cuando la luna barre suavemente los cerros húmedos.

He vuelto para abrir un libro amado
donde juntos hemos encerrado flores vivas
que perfuman tus manos.
Para decirte que nada ha muerto
que la música sigue colmando los espacios
con el rugido fiel de la belleza.

Amor, he vuelto para que comprendas
que un amor más poderoso que el nuestro
nos envuelve en su aliento puro de eternidad
y nos lava del tiempo .
Escúchame amor mío,
escucha el canto nuevo.

IX

Ha cantado otra vez en la catedral de la noche.
Cuando sólo algún pájaro anochecido vela
cuando la luna calla
y el ángel sonríe, ciego.
Pude escuchar su canto rozando las ventanas
y las cañas unidas de nuestra casa.
Su voz acariciaba la cabellera de los álamos
el laurel, las ásperas piedras, el retamo.
Penetraba en las mansas alcobas y besaba
la frente deshabitada del que sueña,
la mesa, los tiernos retratos, las cucharas.

El canto vuela lejos
sobre tumbas desiertas
donde una mano temblorosa ha escrito
un nombre amado.
La voz se confunde ahora con el viento,
ríe en la inmensidad de los espacios
dibuja la arquitectura incomprensible y bella
de una rosa.
Es un viento de esporas y semillas
un canto de otro mundo que me moja la frente
con la palabra viva de la resurrección.

He escuchado la música que baja de los cielos.